

Presentación del
Diccionario del estudiante

Manuel Seco
Real Academia Española

LOS ESTUDIANTES EN LA ACADEMIA

Yo no soy protagonista de esta celebración. El protagonismo de este acto debe corresponder al equipo que ha realizado el *Diccionario del estudiante* y a su directora, y en este momento su portavoz, Elena Zamora. Y también, claro está, a las dos entidades – Academia Española y Fundación Rafael del Pino– que lo han hecho posible. Mi papel ha sido solo el de asesor, que me encomendó nuestro director, don Víctor García de la Concha. Este deber honroso me ha permitido seguir paso a paso, a lo largo de seis años, el tenaz avance y las ocasionales angustias de la redacción de la obra.

Benito Pérez Galdós escribió una vez que, además del gozo que para él significaba crear mundos imaginarios, encontraba un placer semejante en la contemplación del proceso creador de otros escritores. Y sentía que ese placer aventajaba al primero en estar exento del “desasosiego” que inevitablemente acompaña al esfuerzo propio.

Pues bien: yo mismo, después de haber pasado no años, sino décadas, con no pocas fatigas en la construcción de otros diccionarios, he experimentado ese gozo profesional que decía Galdós, al ser esta vez no ya actor, sino espectador, durante años, del continuado afán, con poco descanso, de este valiente grupo de lexicógrafos. No me interpreten mal: esto no es sadismo; es saborear, desde fuera, una labor hermosa en la que sus sujetos, al final de cada jornada, han sentido el alivio provisional de haber vencido a una patrulla de esos enemigos correosos que son las palabras, y al mismo tiempo han mirado con inquietud a la nueva oleada de enemigos que los esperaban a la mañana siguiente. Más de una vez un redactor ha tenido que lidiar durante varios días con un solo adversario. Por eso mi admiración es lo primero que quiero contar en este breve turno mío.

La tarea de hacer diccionarios, si se asume con honradez, es de las más agotadoras que les tocan a los filólogos. Y al mismo tiempo, también si se toma en serio, de las más estimulantes. Cada vocablo es un desafío para el buen lexicógrafo, que, en lugar de asirse a

la solución facilona de copiar el trabajo de otros, busca limpiamente arrancar su secreto a la palabra con la que se enfrenta. Es una partida de ajedrez en que no siempre gana la persona. Y también un ejercicio ingrato, porque los que lo ven desde fuera rara vez son capaces de comprender cómo el tratamiento de cuarenta mil voces puede exigir seis años de esfuerzo a un equipo de nueve personas. Un periódico ha dicho hace pocos días que este Diccionario se ha realizado “a fuego lento”. La frase es certera, pues solo a fuego lento es posible componer un diccionario de calidad; y, aunque no faltan en este género obras que se preparan en microondas, el resultado es bien diferente.

Creo que la caracterización del *Diccionario del estudiante* se puede sintetizar en una palabra: *rigor*. Esta ha sido la consigna desde el comienzo de los trabajos. El equipo redactor ha intentado siempre la mayor formalización y la mayor coherencia posibles en todos sus elementos. Y digo que lo ha intentado, y no siempre alcanzado, porque el lenguaje es refractario a moldes geométricos como los que para él han soñado lingüistas de diversas épocas. Tenía razón nuestro poeta romántico cuando hablaba del “rebelde, mezquino idioma”. Lo más que se puede hacer con él es *aproximarse* a una ideal precisión, tanto en su uso como en su descripción.

Por eso, este Diccionario se propuso regularizar y ordenar, sin violentar la realidad, todos los aspectos de la información que puede ofrecer sobre el léxico: desde la reducción a cuarenta mil unidades del caudal que en los grandes diccionarios es como mínimo el doble, hasta el tipo de noticias que presenta sobre cada palabra (significado, funcionamiento, uso, ámbito, fraseología, ejemplos, etc.), pasando por la selección de las voces de América, las cuales, igual que las del léxico general, habían de figurar a la vez en cantidad limitada pero en calidad representativa. Para lograr todas estas metas no se partió de datos subjetivos, sino que se buscó la máxima objetividad por medio de la utilización ponderada de la rica documentación atesorada en el Banco de Datos académico del español contemporáneo. Y en lo que se refiere al español del Nuevo Mundo, también se contó con la necesaria colaboración de las Academias americanas de la lengua.

Este es, pues, para mí, el carácter más destacable de este Diccionario que la Academia ha creado para ayudar a la formación lingüística de nuestros jóvenes estudiantes. Esperamos que ellos puedan y sepan sacar de él el mayor provecho para su mente y para su vida.

